

La sogá

Miguel Erasmo Zaldívar Carrillo

Se oye el sonido de la verja de entrada que se abre y se cierra a sus espaldas. En su mísera soledad pasea la mirada y la detiene en un rincón en el que acurrucada lo mira una sogá.

La sogá es como una serpiente larga que se amarra sobre su víctima y la sujeta hasta que se acostumbra y deja de luchar. Cuando una sogá se ata suele ser definitivo: la mujer, el perro, un buey o un cristiano; todos patean y patean, pero ella tiene siempre un argumento sólido debajo de la manga; y ceden.

Era hombre fuerte, de sogas, hecho para sujetar; las cargaba de todo tipo y para todas las ocasiones; nunca les vio más utilidad que atar, retener, domar. Desde que perdió el trabajo y se desató su esposa, vagó por todas las ocupaciones al alcance de su paupérrima posibilidad. Agotado el trabajo, el dinero y la comida, le dio por platicarle. Desconocía que una sogá podría responder a sus quejas. La sogá propone, siempre propone; en la espera de un corazón desesperado.

No quiso escuchar lo que le decía; no podía tomarla en serio, ¿quién tomaría en serio la plática de una cuerda? Pero una sogá habla mucho, conoce todos los idiomas y se presenta cálida y suave: invita. -Ven, recuéstate; le decía.

Cerró los ojos despacio, como si quisiera arrojarse con ella. La choza quedó muda, solo se escuchaba la burlona risa de la cuerda manoseando el friso.